

LA EDUCANDA.

PERIÓDICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Respeto y confianza filial, por R.—La lluvia, por T.—Las Obras de Misericordia (cohesión), por doña Angela Grasel.—Explicación del Figurín, por doña Aurora Perez Miron.—Anécdotas.—GRABADO: El Imperio.—LAJINA: Figurín de Modas.

RESPECTO Y CONFIANZA FILIAL.



ADA tranquiliza mas la conciencia humana, que la dulce satisfacción de haber cumplido nuestro deber. El contento que esta satisfacción proporciona á la niña de doce á catorce años, en quien la flor de la vida empieza á mostrar los sonrosados colores de su entreabierto capullo, forma la verdadera dicha, principio cierto de una felicidad futura. El hábito de arreglar las acciones al deber, facilita á quien lo contrae los goces morales mas puros. Sí, mis candidas niñas, la que pretenda poseer tan inmenso bien, pasar la vida rodeada de satisfacciones, y recibir de todos un aprecio y respeto sinceros, procure estrechar mas y mas los lazos de amor, confianza y respeto, con que la naturaleza y la religion la unieron á una madre bondadosa. Porque cuando la razón empieza á dirigirla, desde luego puede convencerse que este es su mayor deber hacia aquella que vela por su suerte desde la cuna hasta el sepulcro, dando repetidas pruebas de abnegación, desinterés, y aun heroísmo, sin que la retraigan los mas costosos sacrificios. ¿Qué mayor ventura para una niña, que va á sentar su vacilante planta en el mundo, que contar con los auxilios de una madre, guarda fiel á quien todo lo debe desde sus primeros dias? Ninguna persona mas digna de la confianza y el respeto de las jóvenes que, entonces mas que nunca, han menester de luz para su inteligencia y guía para su voluntad; puesto que nadie mas solícita y bondadosa, nadie mas dulce y toleran-

te que aquella que siempre está dispuesta á gozar en sus alegrías, sufrir en sus dolores y compartir gustosa todas las penalidades de la vida.

Sí, mis prudentes niñas: cuando por vosotras mismas pretendéis juzgar de las personas, los hechos y las cosas, es cuando, mas cuidadosas de vuestros deberes, habeis de prestar á vuestra madre el respeto y confianza que envuelve el amor que hacia ella os inspiran la naturaleza y la religion. Ella que, á costa de mil privaciones y enfermedades, ha sabido preservar vuestra infancia de grandes penas y dolores, es la mas dispuesta á prestaros toda clase de servicios en la juventud, venciendo los obstáculos mas peligrosos. La guía el amor maternal, que no tiene para vosotras mas que dulzura, caricias, prevision, y solicitud; y vosotras debeis pagarla con el amor filial, que os inspire cuanto es imaginable en favor de una madre verdaderamente querida con todo el fuego de vuestra alma.

Un corazón frio é indiferente hacia aquella que le dió el ser, despoja á la que lo tiene del título de hija. Si mal aconsejadas por una vanidad, aunque inocente; atraídas por el interés ó el deseo de una imprudente libertad, apartais la confianza de vuestra madre, mostrándoos con ella reservadas, y dejais de oir sus consejos ó no los buscáis con afán para seguirlos, faltáis al amor que la debeis y dejais de cumplir la primera y mas importante obligación moral y religiosa de una niña: apareceis ingratas y desnaturalizadas á los ojos del mundo, y pronto ó tarde, como abandonadas de la mano de Dios, no acertareis en nada y sentireis de una manera visible el castigo.

Jamás es disculpable en una hija que aquella confianza con que hace á su madre depositaria de todos sus pensamientos y deseos, y aquel respeto con que debe oir y seguir sus consejos, se disminuyan en lo mas mínimo, aun cuando pretenda excusar su falta

con que la madre no se muestra tan complaciente y bondadosa con ella, no la ama como antes y hasta la tiene una aversión innolvidable, castigándola y reprendiéndola sin cesar.

Semejantes razones no son á los ojos de las personas sensatas, y aun á los del mismo Dios, mas que pretestos para ocultar el deseo de una condescendencia peligrosa por parte de su madre, á fin de alejar su vigilancia y conseguir de ella que la tolere distracciones, entretenimientos y compañías sospechosas, ó la conceda objetos de lujo y de vanidad. En cuanto á los castigos, si existen, la mayor parte de las madres son por cierto bien parcas en ellos; repugnan siempre imponerlos; y cuando lo hacen, seguro es que están bien merecidos y no han faltado á la justicia que los aconseja, para no aparecer ante Dios como verdaderamente criminales.

Si á pesar de estos pretestos, y otros muy parecidos que la hija suele emplear, para que se la perdone en la juventud haber retirado á su madre aquella confianza omnimoda que tuvo en ella en la infancia, y haber perdido tambien aquel ciego respeto con que la prestaba obediencia en todo; siente, como no puede menos, hácia ella un amor bastante para cerrar sus párpados al borde de la tumba y regar con lágrimas de dolor sus queridas cenizas, procure recordar que este amor ha de ser á la vez tierno y generoso. Que despues del inmenso amor que debe á Dios, no cabe en su corazon otro mas vivo, afectuoso y ardiente que el que debe á su madre; y que lo ha de expresar siempre con dulces palabras, tiernas demostraciones, espontáneas caricias y afectuosa solicitud, lo cual es imposible, sin que descansen en la confianza y el respeto que hemos dicho forman sus mejores atributos.

La niña no puede nunca tener la dulce satisfaccion de haber cumplido su deber, sino conserva puro y ardiente el amor á su madre, objeto primero de sus afecciones y reconocimiento, despues de Dios: si á este amor no acompañan una confianza y un respeto siempre en aumento, que la recompensen, por entonces, de todos los cuidados, disgustos, privaciones y sacrificios con que la procuró la salud y la vida, y la han de ayudar en lo sucesivo á labrar su bienestar, no llena las condiciones del amor filial.

El respeto y confianza que la niña debe á su madre, contribuyen tanto á su dicha, cuanto mas dan á conocer á la encargada por Dios de prepararla, las necesidades y los medios de conseguirlo. La madre no ha concluido aun á los doce años la tarea de educar á su hija: no ha podido mas que prepararla para el desenvolvimiento que la aparicion de nuevas afecciones, sentimientos y facultades reclaman; y para que pueda continuar su obra, es preciso que la confianza de su hija la ilustre acerca de sus inclinaciones, aptitud y carácter; y que el respeto á sus órdenes y consejos,

la aseguren el buen resultado de su direccion. Bajo este aspecto, el concurso de la hija es indispensable al trabajo de la madre; á las dos juntas, pues, está confiado el venturoso destino de la primera, que forma para la segunda las delicias de toda su vida.

Ved, mis queridas lectoras, como el respeto y la confianza que os ordena el amor filial hácia la que naturalmente os lo inspira, se convierten en una necesidad para vuestra dicha y bienestar. Si alguna dejas de cumplir estos deberes que el amor la impone hácia su madre, no culpe á nadie de las amarguras y tormentos que la están reservados en la vida, por los extravíos que pudiera cometer. Por su voluntad, y faltando á los mandatos de Dios, ha privado á su madre de la luz y la fuerza necesarias para apartar á su hija de los peligros que la amenazaban. Sed, pues, mis queridas niñas, siempre respetuosas y confiadas con vuestra madre, elegidla por vuestra mejor amiga, y una ventura sin límites premiará vuestra constancia en el cumplimiento de un deber sagrado, proporcionándoos una inalterable alegría.

R.

LA LLUVIA.

La especie de humo blanquecino que sale del agua caliente, de las telas húmedas puestas al fuego para secarlas, de la boca, de los terrenos húmedos cuando los calienta el sol, etc., etc., se llama vapor.

Esta palabra vapor se aplica especialmente á las partículas ó partes pequeñas acuosas que por medio del calor salen de las aguas y se elevan en el aire.

Estos vapores los percibe la vista cuando suben al través de una atmósfera algo fria.

Cuando el vapor se detiene en algun objeto que puede condensarlo, esto es, espesarlo y enfriarlo, se vuelve á convertir en agua: por eso se humedece hasta gotear la tapadera de una vasija que contiene agua caliente.

Las ropas y todas las cosas que se mojan no se secan sino porque la humedad ó agua que contienen se convierte en vapor; y por la misma razon, las aguas contenidas en vasijas, ó en cualquier parage, se disminuyen lentamente.

Pero las aguas frias no dan vapores tan densos ó espesos como las calientes, y por esta causa no los vemos.

Todos los vapores que salen de los mares, lagos, rios y de todo cuanto hay húmedo sobre la tierra, suben y se mezclan con el aire de la atmósfera.

Las nubes son aglomeraciones de vapores, y se

forman por la mezcla de dos masas de aire, una mas fria que la otra.

Las nubes se mantienen flotantes en el aire, como los globos, porque el vapor está formado de vejiguitas imperceptibles mas ligeras que el mismo aire.

Las causas que principalmente favorecen la formacion de la lluvia son:

La reunion ó acumulacion de nubes.

La agitacion producida por corrientes de aire en diferentes direcciones.

La llegada de un viento frio.

La lluvia cae en forma de gotas, porque las vejiguitas del vapor, al condensarse por el frio, las forman; ya al reunirse en la misma nube, ya al caer.

Algunas veces llueve mas en las montañas que en los valles ó llanuras inmediatas, porque, estando seco el aire, las gotas se evaporan tanto mas cuanto mayor es la duracion de su caída. Las gotas que se desprenden de la nube sobre las montañas, tardan menos en caer, y por consiguiente pierden menos que las que han de llegar hasta el fondo del valle, atravesando una gran masa de aire seco que á veces las evapora enteramente.

Lo contrario sucede cuando el aire está muy cargado de humedad, pues entonces las gotas condensan el vapor que van encontrando en el aire, y engruesan tanto mas cuanto mayor es la duracion de su caída: por consiguiente, la lluvia será mas abundante en la llanura que en la montaña.

Con lo que acabamos de decir se explica por qué las gotas son mas gruesas unas veces que otras: siempre que el aire está cargado de humedad, las gotas engruesan al caer. Las que caen de las nubes muy bajas son generalmente las gruesas, porque estas nubes están muy cargadas.

Sucede á veces que una nube da un poco de lluvia que cesa al momento: estos chaparroncillos son efecto de haber pasado por la nube una corriente de aire frio que ha condensado cierta cantidad de vapor que entonces cae en lluvia.

Hay países donde las lluvias son periódicas, esto es, donde llueve todos los años en las mismas épocas: esto sucede con mas regularidad en las regiones ecuatoriales; pero desaparece la alternativa regular de la estacion seca y de la lluviosa, á medida que hay mas distancia del ecuador.

Las localidades influyen mucho en la lluvia: en nuestra península experimentan largas sequías las provincias de Alicante y Murcia: en el Bajo Egipto casi nunca llueve, y lo mismo sucede en otros países.

Los vientos con que mas á menudo suele llover en España son el sudoeste y el oeste: el nordeste es el menos lluvioso.

La cantidad de lluvia que cae en el curso de un año se mide recibiendo en un vaso que se llama pluviómetro: este vaso es de doble fondo; su parte su-

perior hace las veces de un embudo, y la inferior es el depósito: un tubo exterior que sale por un lado, desde el fondo del depósito, marca la altura del agua.

La estacion mas lluviosa es el otoño; despues el verano, y la menos abundante en lluvia la primavera.

En otoño llueve mas que en primavera, porque el calor del aire, y por consiguiente la capacidad de este para tener vapor, disminuye mas y mas despues del verano.

Por la misma razon suele llover mas desde que el sol se pone hasta que sale, que mientras está sobre el horizonte.

Las nubes están muy bajas cuando la abundancia de vapor las hace mas pesadas, ó cuando el aire es menos denso.

Veamos ahora algunos efectos de la lluvia:

Aparte de la humedad que la lluvia proporciona á los árboles y plantas, el agua de lluvia tiene otras propiedades fertilizantes que le dan ciertas sustancias que tiene disueltas y de las cuales carece el agua de los pozos.

La lluvia purifica en algunas ocasiones la atmósfera, porque disuelve ciertas exhalaciones que se elevan en el aire; porque tambien mezcla el aire de las regiones superiores, que es mas puro, con el de las capas inferiores de la atmósfera, y porque lava la tierra, arrastrando las materias estancadas en los albañales, conductos, etc. Por la primera de estas razones el agua de lluvia es malsana en la estacion de los calores.

Obsérvase algunas veces que cuando va á llover, ó á poco de haber empezado la lluvia, se llena el aire de olores desagradables; y es porque la humedad del ambiente detiene las emanaciones de los estercoleros, albañales, pozos, etc., impidiendo que se eleven á las regiones superiores de la atmósfera.

Por la misma razon, en los parajes donde hay flores, éstas exhalan olores mas pronunciados, pues sus aromas, ó sea sus aceites esenciales, los detiene la humedad del aire en la capa inferior de la atmósfera; si bien es cierto tambien que algunos aceites esenciales, que producen el olor de las plantas, necesitan mucha humedad para desarrollarse.

Durante un tiempo tempestuoso, antes de llover, respiramos con dificultad, y el aire nos parece turbio; pero despues de haber llovido, nuestra respiracion es mas libre, el aire mas transparente y nuestros sentidos adquieren mas actividad.

Los caballos y algunos otros animales suelen alargar el cuello y aspirar con mas avidez, porque sienten placer respirando el aire purificado ya por la lluvia y perfumado con el aroma de las plantas y del heno.

Las golondrinas bajan mucho el vuelo cuando va á llover, porque los insectos de que se alimentan hu-

yen de las regiones altas donde el aire está frío, y buscan el mas próximo á la tierra.

Cuando en el aire hay mucha humedad, ésta pe-

tambien á los muebles contruidos con maderas húmedas.

La humedad penetra entre las fibrillas de las cuer-



El invierno.

netra en los poros de las maderas, separa las fibras, y por eso se hinchan las puertas.

Lo contrario sucede cuando el tiempo está muy seco, pues la humedad de la madera se evapora, los poros se contraen, y las puertas disminuyen de volumen ó tamaño; y hasta se hienden, como sucede

das de guitarra ó de violin, y como los filamentos engruesan, la tension ó tirantez se aumenta, y las cuerdas se rompen.

Las velas, lamparas, etc. no arden bien cuando el tiempo está húmedo, porque el calor de las luces convierte repentinamente en vapor la humedad del

aire, que penetra en los filamentos de las torcidas ó mechas.

Es señal muy probable de lluvia cuando el humo cae en vez de subir, pues el aire es menos denso y el humo no puede subir como con el aire seco: además la humedad se mezcla con el humo y lo hace mas pesado.

En fin, á la evaporacion constante que se efectúa en toda la superficie del globo es debido el equilibrio entre la cantidad de agua que llevan los ríos á los mares y lagos, y la que pierden no solamente los mares y lagos, sino los mismos ríos. Las nubes nos envían tanta agua como el calor les da: es un continuo movimiento de esta materia que pasa del estado líquido al de vapor, se condensa y vuelve á caer tomando la forma que habia perdido por la evaporacion.

T.

EL INVIERNO.

Hace ya tiempo que el viento de Otoño arrastró en su torbellino las últimas hojas de los árboles: el sol se oculta entre densos pabellones de nubes: una niebla espesa envuelve todos los objetos é inspira en el alma la melancolía y el malestar. A las copiosas lluvias que hemos sufrido, á las inundaciones que han causado tantos desastres, han sucedido la nieve, el hielo y los intensos frios. Tal es el invierno, queridas lectoras, con su lúgubre acompañamiento.

En estos días hay que encerrarse en casa, y vestir cómodos abrigos, dando gracias á Dios que nos concede estos beneficios. ¡Dichosas las niñas que viven al lado de sus amados padres y rodeadas de amiguitas con quienes pasar gustosas estos meses de tristeza!

¡Dichosas tambien las señoritas estudiosas para quienes la lectura es una delicia! Una pequeña biblioteca es todo un mundo encantador, que tenemos siempre á nuestra disposicion; que nos instruye, nos divierte, nos hace reir y llorar; que viaja con nosotros, que nos entretiene agradablemente, y nos infunde ánimo cuando el fastidio ó el desaliento nos hacen desfallecer. Con algunos libros escogidos sobre una mesa, para cuando se deja la labor, bien se pueden desafiar los tres ó cuatro meses de reclusion que el invierno nos impone.

Pero si resguardadas de la inclemencia del tiempo en una habitacion abrigada, si entretenidas en vuestros estudios y labores, contentas y satisfechas entre vuestra familia, pasa desapercibido para vosotras el luto de la naturaleza, no os olvidéis de que el invierno

no es la estacion mas penosa para el pobre y el desvalido.

En estos días de lluvia ó de nieve hay ancianos, hay niños, que temblando de hambre y de frio, mal vestidos y descalzos, carecen hasta del pan de cada día. Hay infelices madres que ateridas de frio estrechan á sus inocentes hijos entre sus brazos en una miserable bohardilla.

Benedicid á Dios, niñas mías, que os ha concedido vivir con comodidad, y cuando alrededor de un buen fuego contempléis entre cristales los rigores del frio ó de la lluvia, compadecéos de vuestros semejantes, y pedid permiso á vuestros padres para socorrer aquellas miserias con los ahorros que conserveis de lo que os han dado para comprar algunas bagatelas.

F.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

Dar de comer al hambriento.

[Conclusion.]

En la noche que siguió al día en que tuvo lugar la vista de la causa, Juana se hallaba sola en su reducida prision, y despues de haber orado mucho y con fervor delante de una estampa de la Virgen de los Desamparados, abrumada de fatiga, se arrojó sobre el miserable jergon que la servia de lecho, y poco á poco el sueño fué cerrando sus párpados, hinchados por las lágrimas...

Durmió y soñó... Soñó que la cárcel se iba transformando por grados en un lugar tan magnífico y esplendente, como nunca habia podido soñarlo; en un lugar de delicias lleno de perfumes, de luz y de armonías. Y en medio de aquellos purísimos acordes, vió descender pausadamente entre un coro de ángeles á la Virgen de los Desamparados, pero á la Virgen tal cual estaba representada en la estampa, solo que de sus ojos brotaban raudales de luz, y animaba sus labios una celeste sonrisa.

La madre de los desvalidos se acercó á ella, y callaron repentinamente todos los ecos, callaron las armonías, para dejar que llenase el espacio con la armonía divina de su voz.

—Hija, la dijo cogiéndola de la mano, el que siembra bien, con bien será pagado. Has invocado mi auxilio, y yo nunca niego mi auxilio, al que en mí confia! Duermes y espera!...

Juana sintió al punto que su alma se anegaba en una piélago de desconocidas delicias, delicias tan in-

tensas, que causándola un dolor vivísimo en el corazón, despertó dando un grito.

Pero ¡oh sorpresa! al lado de su cama vió á un joven sacerdote, que la tenía asida por el brazo, y un poco más lejos al carcelero, que llevaba en la mano una linterna sorda.

—No te asustes, hija mía, le dijo el primero con dulzura, y responde á mis preguntas: te llamas Juana Coll?

—Sí! balbuceó la atusada sorprendida.

—¿No es cierto que hace veinte años habitabas en una casita, situada entre Tayá y el Masnou?

—Sí! repitió Juana.

—¿No te acuerdas que durante casi dos meses, siendo niña, socorriste á una mujer desdichada?

—¡Oh, sí! exclamó Juana ruborizándose, ¿qué se habrá hecho de ella? qué se habrá hecho de mi pobrecito niño?...

—El niño soy yo! exclamó el sacerdote con acento conmovido.

Juana fijó en él sus asombrados ojos.

—Soy yo! repitió éste sonriendo. Trastornos políticos habían reducido á mi madre á aquel infeliz estado; pero luego, merced á la caridad de algunos amigos, se embarcó para América, en donde se había refugiado su esposo, y allí recobraron ambos la felicidad y la fortuna. Todos los días me enseñaba mi madre á bendecirte, Juana, y á la hora de su muerte, me hizo jurar que te buscaría y te recompensaría por tu misericordia. Para cumplir su último voto he venido á España, haciéndome apresurar el viaje la desdicha que pesa sobre tí... Juana, por Dios, el tiempo urge... ¿Has sido mal aconsejada? has cedido á un momento de irreflexión? Vengo á salvarte! Daria mi vida por salvarte, Juana! Habla, en nombre del cielo, habla!

Juana sacó apresuradamente del pecho la veneranda estampa.

—Me la dió vuestra madre, exclamó con acento fervoroso, juro sobre ella que soy inocente! Nada más puede decirse: ¡hágase la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo!

El sacerdote no pudo recabar de ella ni una sola palabra más.

Lleno de vivo interés, cuando salió de la cárcel, corrió á visitar uno por uno; á todos los jueces, les contó á todos la historia de su niñez, diciéndoles que la que con tanta generosidad se había privado del más preciso alimento, para socorrer al infortunio, no podía haber pagado con tan negra ingratitud á sus bienhechores, pero los jueces respondían á sus calorosas demostraciones, con los artículos inflexibles de la ley.

Perdió un tiempo precioso en inútiles diligencias, tanto más inútiles, cuanto su voz era la única que se alzaba para defender á Juana, porque es tal la se-

vera probidad del pueblo catalán, que se subleva é irrita á la sola idea del robo.

Y entre tanto se acercaba el día en que debía cumplirse la sentencia, y en vano el joven invocaba á Dios para que viniese en su auxilio, porque una voz secreta, más poderosa que todas las voces humanas, le decía que Juana era inocente.

Sin embargo, en la víspera del fatal día, mientras estaba orando, penetró repentinamente en su espíritu una luminosa idea.

Corrió al Masnou, y se dirigió á casa de Serra.

Este se hallaba comiendo con su mujer y su hijo. Un velo de tristeza parecía cubrir el rostro de los silenciosos comensales, y apenas el sacerdote pronunció el nombre de Juana, gruesas lágrimas asomaron á los párpados de los dos ancianos, mientras el rostro de su hijo se cubría de una palidez lívida y espantosa.

El sacerdote cobró ánimo, y dirigiéndose á Serra, le manifestó su completa seguridad de que la joven era inocente, y su vivo deseo de salvarla, para lo cual contaba con su auxilio.

Al oír aquellas palabras, Serra movió tristemente la cabeza, y su hijo dejó caer el tenedor que tenía en la mano.

—Hacia meses, dijo el anciano, que yo notaba que se iban estrayendo de mi caja algunas sumas, y aunque me resistí durante mucho tiempo á desconfiar de ella, por fin formé el proyecto de ponerla á prueba, dejando la llave debajo de la estera de mi cuarto, en donde tuve cuidado de ponerla, mientras Juana estaba allí.

—Y esa llave?

—No sabéis que ella la tenía en la mano?

—Pero será la misma?

Serra fijó en él sus asombrados ojos.

—Pues es claro, dijo.

—Vamos á verlo?

—Para qué, exclamó el joven vivamente.

—Y por qué no? respondió su padre; es una extravagancia; pero yo quiero á Juana, á pesar de todo, la quiero!...

¿Cuál fué su asombro y el asombro general, cuando hallaron la llave cubierta de polvo en el sitio indicado?

No sabían darse cuenta de una cosa tan extraña, pues en la convicción de que era la misma, Serra no se había cuidado de buscarla.

Pero esta era ya una prueba, y el sacerdote alegrado empezó á buscar nuevos indicios. Acompañado de Serra y de su hijo, fué á interrogar uno por uno á todos los vecinos; pero aunque estos unánimemente le ponderaron la virtud de Juana, no pudieron suministrarle ninguna prueba material de su inocencia.

Perdida totalmente la esperanza, cerca ya del anochecer, regresaban los tres á la casa, cuando acerta-

ron á pasar por delante de la encina que extendía hácia el cielo su ramaje venerable.

—Allí era! exclamó el sacerdote enternecido, deteniéndose y señalando al árbol. Aunque tan pequeño, se quedó grabado en mi memoria el recuerdo de estos sitios! Allí era en donde Juana venia á traernos su limosna, y en donde mi madre la dió una estampa de la Virgen de los Desamparados! Cuando fui á verla á la cárcel, me mostró la estampa que conservaba sobre su corazón! ¿Qué queréis? Yo espero que la que es madre de los tristes, haga todavía un milagro en su favor, y tan vehemente es mi esperanza, que se me figura ver su divina imagen flotante entre esas nubes cenicientas, y descendiendo á posarse sobre esta protectora encina!

—Oremos! exclamó Serra con transporte, quién sabe! Dios es padre!

Y los tres se postraron al pié del árbol, y oraron con el fervor de una alma cristiana que ha perdido toda esperanza en este mundo.

—¿Qué tienes, hijo mío? exclamó Serra al finalizar su oración, viendo desfallecer al joven. Pobrecillo! El quería á Juana, tanto como nosotros! La quería con la ternura de un hermano!

Aunque había llegado ya la hora de partir, el sacerdote, retenido por una vaga é indefinible esperanza, no quiso hacerlo, y retirándose al aposento que le habían destinado, pasó la noche en oración.

Pero poco después de que cantasen los gallos, creyó oír un ligero ruido de pasos en el huerto, y asomándose á la ventana, le pareció ver deslizarse una sombra á lo largo de la tapia.

—Si será ese el ladrón! pensó, y sin escuchar mas que su vivo deseo de salvar á su protegida, á pesar de que la ventana estaba bastante alta, se arrojó por ella, cayendo sin accidente al suelo.

Siguió, aunque de lejos, al hombre misterioso, vióle escalar la tapia, pero cuando quiso imitarle, los perros que habían permanecido agazapados en su rincón, se abalanzaron á él y empezaron á dar tales ladridos, que no solamente Serra y los criados de la casa, sino hasta los vecinos acudieron asustados.

—Por Dios! por Dios! exclamó el sacerdote, creo haber descubierto el ladrón, por ahí!... ya estará lejos!...

Y libre ya de los perros, escaló la tapia seguido de los circunstantes.

Cuando llegaron á la llanura, vieron en efecto á lo lejos un hombre que cruzaba por entre los árboles, tambaleándose como si estuviese ebrio. Viéronle acercarse á la encina, arrodillarse, remover la tierra con un pequeño azadon, y extraer de ella un objeto.

Pero apenas lo tuvo en la mano, cual si le hubiese abrasado su contacto, cayó hácia atrás gritando:

—La Virgen! ahí está la Virgen!...

—Luces! exclamó Serra asaltado por una horrible sospecha.

Encendiéronse luces, y á su resplandor el infeliz pudo reconocer en aquel hombre, que permanecía tendido é inanimado en el suelo, al hijo de su amor.

Quisieron prestarle algunos auxilios; pero todos fueron inútiles: el terror había helado la vida en su corazón.

El desgraciado solo recobró el conocimiento, para murmurar con voz desgarradora:

—Yo fui!... yo fui!... Pobre Juana! Ella me descubrió en el acto de perpetrar mi crimen, é iba al patíbulo para salvar mi honor!... El juego!... maldito juego!... Lo que me sobró después de haber pagado mi deuda lo oculté allí... ¿Por qué ha venido ese sacerdote? ¿quién le envía?... Dios!... ¿Sospechaba de mí cuando me mostraba el árbol, contándome la buena acción de Juana, é implorando la protección de la Virgen sacrosanta?... Desde que él llegó ya no tuve sosiego!... Temí que como se había encontrado la llave, la Virgen haría que se encontrase la cartera, y vine... Oh, cuánto he sufrido, cuánto!... Perdon, padre mío, perdon todos, perdon!

Al día siguiente agitábase el pueblo en las afueras de Barcelona, en donde la justicia de los hombres debía verse satisfecha. Juana iba á morir; pero en el mismo momento en que ponía el pié sobre las gradas del patíbulo, oyóse una prolongada gritería, y vióse llegar al joven sacerdote, el cual agitaba un pepel por encima de su cabeza.

—Juana! gritó abalanzándose hácia ella, y rompiendo él mismo sus ligaduras, tú ibas á la muerte para salvar al hijo de tu bienhechor, pero Serra ya no tiene hijo! Su hijo ha muerto, declarando delante de testigos tu inocencia y su delito!

Miradla, añadió dirigiéndose al pueblo que se había agrupado en torno suyo, esta es la que cuando niña partió su escaso pan conmigo!... Cumplió la primera de las obras de misericordia, dando de comer al hambriento, y Dios ha permitido que yo viniera desde el corazón de la América, para publicar á la faz del mundo su inocencia y su heroísmo!...

Y el sacerdote al hablar así lloraba de enternecimiento, y de enternecimiento lloraban todos los circunstantes, y mientras los hombres batían sus palmas, prorumpiendo en gritos de entusiasmo, las mujeres decían en voz baja á sus hijuelos:

—*Dad de comer al hambriento!* Bien veis que Dios nos devuelve con creces la limosna.

Aquel día fué un día de verdadero júbilo para la magnánima Barcelona. Juana fué llevada en triunfo á casa del sacerdote, y durante muchos días solo se oyó resonar su nombre mezclado de bendiciones.

Hace poco fui á pasar algunos días en casa de Serra, con quien me unen los lazos de una sincera amis-

tad. Allí estaba Juana. Aunque rica con las liberalidades del sacerdote, que ha regresado á América, Juana ha querido consagrar su vida á sus bienhechores, consolando su desventura; mientras emplea su modesta renta en socorrer á los desvalidos.

Ella misma me mostró el árbol centenario, contándome con sencillez el suceso que acabo de referiros.

—Soy muy dichosa, me dijo al finalizar su narración; todos me aman, todos me respetan, todos me bendicen... y por las noches tengo sueños muy deliciosos, ¡oh sí, tan deliciosos, que no quisiera volver á despertar! Siempre sueño que veo á la bendita Virgen de los Desamparados con su celeste Hijo, el cual pone sobre mis labios la Hostia consagrada, diciéndome: *Toma, mi dulce esposa, toma el cuerpo de mi mismo cuerpo, la sangre de mi misma sangre; toma el pan de vida eterna, que esta es la divina recompensa del que comparte su pan con el hambriento!*

¡Feliz ella!

ÁNGELA GRASSI.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

FIG. 1.^a TRAJE DE PASEO. Vestido de grés de Lyon, color de pensamiento. El cuerpo es alto, cerrado con botones, y formando chaleco por delante, un poco escotado en la cadera, y con aldetas por detrás. El adorno del cuerpo se compone de una tira de terciopelo negro, cortado en picos por los lados, y orillados estos de puntilla negra: esta tira va replegada de manera que forma un hueco en el medio. Este adorno nace de la costura del hombro, y guarnece el pecho como una berta. El bajo de la manga lleva un guarnecido correspondiente, y en la parte superior hay otro que sirve de hombrera. En cada una de las costuras de la falda hay un adorno parecido, aunque en mayores proporciones, que sube como unos 50 centímetros, formando un hueco en el centro: los picos van disminuyendo de abajo arriba, donde el adorno termina en punta.

Corbata y mangas interiores de encaje blanco con aplicaciones de blonda negra.

Sombrero de piqué de raso blanco, con el ala de terciopelo morado, cortado en ondas hacia el fondo, y orilladas de blonda estrecha negra. El bavolet es de raso blanco en su mitad, y termina en terciopelo, cortado este en ondas en la parte de arriba. Un lazo de blonda va puesto en la parte de atrás. En el bandó hay un lazo grande de terciopelo morado, del que nace una pluma blanca que sube por encima del ala á

cubrir la. Las bridas son de raso blanco, con puntilla negra en las orillas.

FIG. 2.^a TRAJE DE CASA.—Bata de abrigo, de cachemir blanco, al estilo de Luis XV, forrada de raso azul. Tres grandes pliegues forman la espalda, y bajan haciendo cota, puesta lisa en cada uno de ellos una tira de raso azul en todo su largo. El delantero cae recto, sin señalar el tallo, abriéndose un poco en punta en el escote: por delante no hay mas que un pliegue que nace del hombro y cae hasta el bajo: los lados quedan ajustados, y al plegado de raso azul que guarnece toda la bata, acompañan por delante unas tiras del mismo raso, con un lacito en los extremos. Las mangas son muy largas, á la veneciana, abiertas desde la sangría.

Prendido compuesto de una toquilla de tul negro con encajes, orillada de puntilla de blonda blanca y grupos de lacitos de terciopelo azul. Dos caídas de encaje negro sujetan la toquilla, formando lazo debajo de la barba.

AURORA PEREZ MIRON.

ANÉCDOTAS.

Luis XIV decía un día, hablando de dos famosas damas, sus amigas: «Mas trabajo me cuesta mantener en paz á estas dos mujeres, que á la Europa entera.»

La mujer fuerte, nos dice el Espíritu Santo, es la alegría de su marido, y llenará de paz los días de su vida.

Cuando el heroico rey de Polonia, Juan Sobieski, montó á caballo para correr al socorro de Viena, sitiada por los turcos, la reina su esposa le miró llorando, al propio tiempo que abrazaba á su hijo menor.—«¿Por qué llorais, señora? le dijo el héroe.»—«Lloro, le respondió aquella noble matrona, porque este niño no puede aun seguirnos como sus hermanos!»

C. A. DE L.

Por lo no firmado:

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1863.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—HERNÁNDEZ, 42.